

“EL MERCURIO”.

Antonio Romera.

15 de noviembre de 1964.

Santiago. Chile.

## EXPOSICIONES

Sergio Castillo

Coincide con la exhibición de las últimas esculturas de Sergio Castillo, en la Galería Marta Faz, con la exposición Lipchitz, en el Museo de Arte Contemporáneo. La circunstancia es un estímulo al cotejo que, naturalmente, eludiremos. Una advertencia sólo. En ambas exposiciones se tiene la evidencia de que las corrientes modernas no acusan -como se da en decir- una aburrida monotonía. “Las manifestaciones del espíritu - escribe Herbert Read en cierto ensayo sobre escultura- no pueden ser reducidas a una unidad”.

Afirmación que sorprendería menos se la escultura contemporánea se conociera más. Dificultades inherentes a la propia naturaleza del material contribuyen a la ignorancia en este dominio del arte.

Sergio Castillo es, naturalmente, un creador, un artista. Alguien le dice delante de un grupo de gente una frase algo rebuscada: “En usted hay un poeta del bronce”.

Si claro. Y Castillo muestras las manos encallecidas y castigadas por la dureza de su trabajo. Y piensa, sin duda, en el poeta que hace un soneto y en su propia tarea vulcánica, de domador de metales, de herrero.

Su taller no es la biblioteca del poeta; su taller es una fragua.

La materia es indiferente al valor, pero el material condiciona el estilo y las leyes estéticas. Por eso, al enfrentarnos a estas obras, debemos tener en cuenta los medios empleados. Lipchitz ha modelado la arcilla blanda. La semejanza entre el arte de uno y otro escultor está en que ambos parten de una idea previa y enseguida la convierten en realidad plástica mediante la sucesiva adición a la materia.

Sergio Castillo agrega, sin embargo, elementos ya dados; clavos, limas, trozos de metal que tuvieron otra función y fueron desechados por el uso. No siempre es así, pues a veces las formas tomadas por el metal fundido enriquecen su obra con soluciones inesperadas.

Con tales elementos o trabajando el material -bronce, hierro, cobre- el escultor ordena con sensibilidad refinada las formas en el espacio, con lirismo a veces hiriente, a veces monumentalista, pero siempre dentro de un lenguaje plástico renovado, que exalta el movimiento y libera a la materia de su inherente propiedad de pesantez. La poderosa fuerza de los barrocos proviene de un contenido formal denso y el movimiento está como latente. En la escultura de Sergio Castillo la energía es un proceso en constante desarrollo. La lírica nobleza de sus composiciones parece animarse con vitalidad insuperable en las formas nerviosas del diseño, tan alejado de la plasticidad de bloque de otros escultores modernos.